

«FRAGMENTOS DE FILOSOFÍA», n° 10 (2012), pp. 139-161. ISSN 1132-3329

LOS PRESUPUESTOS DE LA MEMORIA.
LA FILOSOFÍA DE LA EXPRESIÓN DE GIORGIO COLLI
COMO CRÍTICA AL CONCEPTO HEGELIANO DE
INMEDIATEZ

*THE PREMISES OF MEMORY. GIORGIO COLLI'S PHILOSOPHY OF
EXPRESSION AS CRITICISM OF THE HEGELIAN CONCEPT OF IMMEDIACY*

JAIME LLORENTE
UNIVERSIDAD DE VALLADOLID
jakobweinendes@gmail.com

Resumen

El pensamiento teórico de Giorgio Colli supone una singular excepción en el marco de la filosofía contemporánea. Una de las más profundas razones de su singularidad es el lugar central que en tal pensamiento se asigna al concepto de inmediatez. El propósito del presente estudio es poner de relieve el modo en el que la centralidad epistemológica asumida por este concepto pone en cuestión la negación hegeliana de la primacía del conocer inmediato, y las consecuencias que tal recusación arroja desde la perspectiva de la reflexión ontológica.

Palabras clave: representación, inmediatez, abstracción, rememoración, concepto.

Abstract

Giorgio Colli's theoretical thought is a singular exception in the context of contemporary philosophy. The crucial place assigned to the concept of immediacy by such thought, is one of the deepest reasons of its singularity. The aim of the present study is to show the way in which the epistemological centrality assumed by this concept puts in question the Hegelian negation of the primacy of the immediate knowledge, and the consequences that such refuse throws from the point of view of ontological reflection.

Keywords: representation, immediacy, abstraction, remembrance, concept.

1. La prioridad de lo prerreflexivo en la epistemología de Colli y su oposición al concepto hegeliano de inmediatez.

La figura de Giorgio Colli es conocida fundamentalmente, en el contexto del pensamiento contemporáneo, merced a su papel como coeditor e intérprete de la obra de Nietzsche, a la vez que en virtud de su producción filológico-hermenéutica dedicada a la exposición e interpretación del más antiguo pensamiento helénico. Ambos aspectos de la contribución colliana a la reflexión filosófica actual han coadyuvado a oscurecer en buena medida las aportaciones teóricas propiamente originales elaboradas por el pensador italiano en materia ontológica y epistemológica; aportaciones contenidas sobre todo en *Filosofia de l'espressione* (su obra filosófica capital) y en el volumen de escritos póstumos editado por Enrico Colli bajo el título de *La ragione errabonda*.¹ Sin embargo, la “filosofía de la expresión” de Colli adquiere un singular carácter en el marco del pensamiento del siglo XX al incluir entre sus múltiples y sugestivas intuiciones una rehabilitación y reubicación en posición preeminente del concepto de inmediatez aplicado a la reflexión ontológica y gnoseológica. El hecho de que la noción misma de inmediatez se halle ausente de la práctica totalidad de las propuestas que configuran el horizonte teórico de la ontología y la epistemología contemporáneas (exceptuando tal vez el particular caso de ciertos desarrollos de la fenomenología y el bergsonismo), obedece acaso a la larvada influencia ejercida sobre éstas por la radical crítica a la cual Hegel somete la posibilidad misma de la existencia de algo semejante a un conocimiento inmediato *tout court*. Crítica presente, asimismo, aunque con un volumen sensiblemente inferior de elaboración teórica, en la peculiar “epistemología” propia del Nietzsche maduro.

¹ Hasta donde nosotros conocemos, los únicos estudios que abordan (de forma predominantemente “expositiva”) la vertiente puramente teórica del pensamiento de Colli son los artículos de Cesare Clerico: CLERICO (1994) pp. 349-356, y Claudia La Roca: LA ROCA (2008) pp. 75-94. Habría que mencionar, asimismo, la parte dedicada a esta temática en el estudio monográfico de Narcís Aragay Tussell: ARAGAY TUSELL (1993) pp. 189-264. Ninguno de ellos, sin embargo, establece relación alguna entre las filosofías de Colli y Hegel. De ello se ocupa sucintamente el propio Colli en la última sección de *Filosofia dell'espressione*, al “refutar”, desde sus propios postulados, las supuestas “refutaciones” hegelianas de los principios de no contradicción y del tercio excluso. Labor que el pensador italiano lleva a cabo de una forma no exenta precisamente de burla ni de un indisimulado tono desdeñoso que parece hacerse extensivo al pensamiento hegeliano en su totalidad.

En la obra de Colli, en efecto, la noción de inmediatez no solamente resulta aceptada y justificada, sino que halla un lugar privilegiado de ubicación, erigiéndose, de hecho, como auténtica piedra de toque sobre la cual se asienta la totalidad del discurso colliano relativo a la configuración cognoscitiva de lo real. El examen de la confrontación entre tan palmariamente divergentes modos de considerar la naturaleza y origen último de nuestra aprehensión (tanto intuitiva como reflexiva) de aquello que llamamos “realidad empírica” pudiera acaso arrojar cierta luz sobre las carencias de las cuales adolece cierto sector del pensamiento ontológico actual, así como contribuir, de forma simultánea, a esclarecer las razones últimas que subyacen bajo el hecho de que la consideración de “lo inmediato” resulte sistemáticamente preterida y obviada en el interior del círculo teórico acotado por este mismo pensamiento.

La totalidad de la obra hegeliana supone, en su más profundo trasfondo, una genuina apoteosis del pensamiento reflexivo. Ya en el umbral de cada una de las fases constituyentes de su sistema, Hegel se encarga cumplidamente de “refutar” la posibilidad de situar el conocimiento de lo inmediato como referente originario de todo ulteriormente hipotético saber. Tal cosa sucede – no desde luego casualmente– tanto al comienzo de la odisea de la conciencia emprendida como progresión dialéctica en *Phänomenologie des Geistes* (bajo la forma de “certeza puramente sensible” tan sumamente “rica en contenido como pobre en pensamiento”), como al inicio de *Wissenschaft der Logik*, donde la análogamente especulativa disolución del puro Ser inmediato e indeterminado (y en cuanto tal idéntico a la pura Nada) revierte en la apertura de una ascendente espiral dialéctica conducente a la final entronización del concepto, es decir, del pensamiento reflexivo encarnado en la “idea lógica” en cuanto “absoluta unidad del puro concepto y de su realidad”.² Lo mismo

² Es por ello que en *Wissenschaft der Logik*, Hegel caracteriza el efecto generado por la asunción de la pura idea como “absoluta liberación” (*absolute Befreiung*). ¿Liberación con respecto a qué?, cabría interrogar. Previsiblemente con respecto a la incómoda persistencia de algún tipo de elemento inmediato, esto es, a la rebelde tiranía de aquello que se resiste a dejarse incluir y asimilar por parte de la identitaria pujanza de la reflexión conceptual. Liberación, pues, «en virtud de la cual no hay ya más determinación inmediata alguna, que no sea al mismo tiempo una determinación puesta [esto es, mediada por la reflexión] y el concepto»: HEGEL (1970) 6, p. 573.

Es así como “la lógica ha vuelto, en la idea absoluta, a aquella simple unidad que es su comienzo: la pura inmediatez del Ser en que al principio toda determinación aparece como extinguida o apartada por la abstracción” (*Ibid.*, p. 572). Pero ahora, al final del periplo a través de la exterioridad tras el cual el concepto retorna finalmente a sí, tal inmediatez originaria ha

ocurre en el capítulo dedicado al examen de la “tercera (posible) posición del pensamiento con respecto a la objetividad” que precede a la exposición de la “lógica” propiamente dicha en la *Enzyklopädie der philosophischen Wissenschaften*. En esta sección, Hegel rechaza abiertamente no sólo la posibilidad del conocer inmediato (como actividad propia del sujeto “cognoscente”), sino además la propia existencia “efectiva” (en sentido ontológico) de elemento inmediato alguno, entendido como hipotético correlato “objetivo” de tal actividad.

El resultado de esta pulverización teórica operada sobre el concepto de inmediatez es la absolutización de la esfera de lo reflexivo y ligado al concepto, la cual resulta expandida sin límite alguno hasta colmar finalmente la totalidad de lo real. A raíz de ello, todo posible remanente ontológico y gnoseológico exterior a la representación conceptual o no reductible a ella merced a su carácter simple, inmediato u oculto a la penetración “colonizadora” del *lógos* discursivo, se volatiliza y desaparece, dejando tras de sí únicamente el homogéneo éter de la total racionalidad de lo real a través del cual el concepto se desplaza con absoluta libertad, enseñoreándose sin obstáculo alguno de su propio reino.

De la misma forma, tal autotransparencia de la totalidad de lo existente oblitera toda posible vía que pudiera conducir a considerar lo dado a la percepción como *phainómenon* o signo que apunta referencialmente a algo no manifiesto de forma directa, pero susceptible de ser postulado o presupuesto como origen oculto de aquello sí presente a la intuición y a la representación. Dicho en terminología colliana, la incondicionada preeminencia del concepto impide la consideración del mundo como “expresión”, esto es, su contemplación en términos de forma hipostasiada de un elemento inmediato que en sí mismo jamás aparece, pero que ha de ser presupuesto necesariamente como fuente u origen último de la trama organizada de representaciones mediadas a la que llamamos “realidad”. Nuestro mundo se muestra de este modo, en consonancia con la suprema intuición schopenhaueriana, como representación: como urdimbre aparentemente autónoma configurada por una pléyade de datos cognoscitivos que, en última

perdido su primigenia e inquietante opacidad y alteridad, puesto que en este orto conclusivo “el Ser simple hacia el cual se determina la idea, queda totalmente transparente (*vollkommen durchsichtig*) para ésta” (*Ibid.*). Ello equivale a postular que lo inicialmente dado con inmediatez queda ahora totalmente traspasado y fagocitado por la potencia de la reflexión y su instrumento eminentemente privilegiado: el concepto.

instancia, refiere a algo externo a sí misma de lo cual deriva, es decir, de lo cual ella es mera expresión. Es en este sentido en el que Colli escribe: «Si se quiere considerar el mundo como sustancia, no en tanto que sustraído a la esfera de los datos primitivos, sino precisamente este mundo que es representación, es necesario buscar algo inmediato, de lo que el mundo indique el ser. El mundo será entonces sustancia en un sentido solamente categorial, expresará algo oculto, sustraído a la sensación y al pensamiento».³

Esta postulada “sustracción al pensamiento” (es decir, al dominio reflexivo del concepto) por parte de una instancia originaria e inmediata, es precisamente el acto que propicia un auténtico fenómeno de “descompresión” en el seno de la autofundada esfera de la lógica hegeliana. La *virtus* corrosiva vinculada a la presuposición de un elemento no susceptible de ser mediado por la razón conceptual y del cual derivaría “expresivamente” (es decir, de modo subsidiario y desvaído) la totalidad de la presunta “realidad racional”, hiende la hermética piel de la “idea lógica que se observa a sí misma”, operando una irrestañable fisura en el corazón mismo del constructo lógico erigido por la racionalidad hegeliana. Si observado desde la perspectiva de ésta, el “objeto” dado a la representación no es sino “lo racional, y por tanto idéntico al espíritu”⁴ que lo percibe, contemplado desde el prisma apuntado por la “gnoseología expresiva” de Colli “el objeto de la representación es interpretado como un signo, un jeroglífico que indica alguna otra cosa”.⁵ En el primer caso, el bucle descrito por el autorreferente movimiento circular característico del concepto “que se reconoce a sí mismo” revierte solamente sobre lo idéntico a sí; en el segundo, el acto cognoscitivo abre una fractura ontológica en el seno de la mismidad de lo real que permite la remisión de ésta a una alteridad infinita que yace agazapada bajo su misma raíz.

Esta alteridad a la que remite la totalidad de las representaciones constituye un originario dato prerreflexivo. Sería más correcto decir que es necesario aludir a ella en términos de “presupuesto extra-reflexivo” (más que de algo estrictamente “dado” a la percepción) de toda representación y reflexión, esto es, como algo previo a la reflexión conceptual en tal grado que es necesario postularlo como realmente exterior a ésta. Y sin embargo, debe localizarse algún punto de “contacto” o tangencia entre la immediatez irrepresentable subyacente a la trama de lo representado y esta misma trama que nos es dada

³ COLLI (1969) p. 10.

⁴ HEGEL (1970) 10, p. 248.

⁵ COLLI (1969) p. 20.

en la percepción empírica, puesto que de lo contrario aquélla no podría siquiera ser hipotéticamente postulada. Colli halla este necesario indicio que posibilita la remisión de lo dado a su originario y prerreflexivo origen en el *factum* mismo de la existencia de la memoria. La presencia de la memoria - junto a la de su cooriginaria hermana: la representación- atestigua inequívocamente el carácter derivado y “gnoseológicamente subsidiario” propio de la totalidad de nuestra experiencia. Testimonia además el hecho de que ésta no es sino la forma secundariamente hipostasiada de un principio originario, oculto a la trama urdida por los dispositivos propios de la percepción y la reflexión conscientes: principio al cual Colli, mostrando un tan cuidadoso como consecuente con sus postulados celo “extradiscursivo”, se refiere mediante la neutra fórmula *qualcosa di nascosto* (“algo oculto”). Algo que no aparece en cuanto tal, pero que ha de ser necesariamente presupuesto en la raíz de todo nuestro conocer mediato en calidad de instancia pura y originariamente inmediata a la cual se refiere la totalidad de las representaciones supuestamente “directas” que llamamos “experiencia”. Contempladas bajo tal luz, éstas no resultan ser sino rememoraciones: macilentos vestigios de lo genuinamente originario tenuemente impresos en la memoria.

De esta inanidad propia del círculo de lo representativo da cumplido testimonio el hecho de que la memoria conserve un pálido reflejo de aquello prístinamente dado con absoluta inmediatez. Cada recuerdo particular rememorado es testigo singular de ese irrecuperable punto de tangencia original entre lo inmediato y lo ya vaporosamente representado. La constatación del simple darse de la memoria aparece, de este modo, como gozne articulador que establece la mediación entre el “entramado de cadenas expresivas” que es –según Colli– el mundo, y la instancia inmediata que actúa como “origen causal” del mismo: «La representación es un dato, la expresión es una hipótesis, una interpretación justificada por el mecanismo primigenio de la memoria; su producto está condicionado por la persistencia, por la comunidad con una inmediatez extra-representativa de algo que antes «era» y que después todavía es, aunque sea de distinta forma. Tal es el testimonio de la memoria que, por tanto, deduce, justifica el asumir la expresión como principio interpretativo universal. La memoria conserva algo y lo manifiesta: es pertinente llamar a esto expresión de lo que antes era»⁶. Nótese bien que

⁶ COLLI (1969) pp. 21-22.

Colli se refiere aquí a la inmediatez caracterizándola, no en cuanto algo que tiene lugar (perceptivamente hablando) en un momento puntual o localizado del tiempo, transcurrido el cual se esfumaría radicalmente del horizonte de lo dado, sino como instancia de algún modo permanentemente ligada de modo “diacrónico” a nuestro conocer, pero no ya de forma vívidamente directa, sino como “fondo indirectamente presente” cuyo reconocimiento exige un esfuerzo de rememoración. En el fondo, la inmediatez jamás desaparece del círculo de lo susceptible de ser captado (¿Cómo habría de hacerlo cuando constituye la raigambre última de la cual emana todo lo perceptivamente mediado, es decir “expresado” por ella?), más su “posesión” efectiva implica el ejercicio de un acto de *anámnēsis*. Rememoración que no se orienta hacia la recuperación de un evento acontecido en el pasado, sino a hacer devenir más próximo aquello frente a lo que nuestra mirada se halla desde siempre y de lo cual la memoria aporta viviente testimonio. Ésta (la memoria) se torna, así, instrumento u *órganon* justificatorio de la carencia de autonomía real de lo mediado por el concepto (el entramado de “series expresivas” que configura el mundo), ya que atestigua la necesaria referencia de ello a una instancia externa a sí y que resulta preceptivo considerar como inmediata.

Aquí es donde surge la radical divergencia entre las posiciones ontológicas asumidas por Colli y Hegel. Ambos pensadores coinciden en señalar la categoría de “relación” como auténtico nexo vertebrador de la multiplicidad de fenómenos que constituyen lo real percibido (en el caso de Colli bajo la perceptible influencia de la interpretación schopenhaueriana del *principium rationis sufficientis*). Ahora bien, mientras que Hegel considera que “todo lo que existe está en relación, y la relación absoluta es la unidad de la relación consigo mismo y de la relación con lo otro”,⁷ es decir, que la totalidad de lo universalmente relacionado remite autorreferencialmente sólo a sí misma (dada la absoluta inmanencia del concepto como sustrato común de lo real), Colli indica que tal constructo holístico sostiene una referencia “negativa” a algo “otro” y exterior a él: «Aunque esta realidad manifiesta se reduzca a una trama de puras relaciones [...], el mundo de las cosas no sería más que una

⁷ HEGEL (1970) 8, p. 267. Esta “relación absoluta” que unifica mismidad y alteridad rubricando a ambas bajo la generalidad de un principio comúnmente compartido, es descrita por Hegel como “el modo determinado y absolutamente general del aparecer del fenómeno”. Esto equivale a postular tal relación como ley universal que rige sobre todo lo susceptible de ser perceptivamente conocido: sobre la totalidad de lo existente mundano, que la presupone como condición de su presentarse como tal ante un “sujeto”.

concatenación, una estructura cognoscitiva. Frente a ello se ha aludido al fondo de la vida, a algo oculto, pero por ahora esto es menos que una hipótesis, es una sugerencia y una sugestión».⁸ Sugestión apuntalada por la memoria, no obstante, y que basta por sí misma para resquebrajar el identitario y autorreferente edificio de la realidad hegeliana. La evanescencia ontológica descubierta en lo mediado apunta hacia lo inmediato como su necesario referente negativo. El conjunto de lo reflexivo señala hacia lo irrepresentable que alienta en su fundamento más profundo.

2. La memoria como vestigio de la inmediatez original.

El capital rasgo distintivo que viene de ser indicado entre las posiciones teóricas acerca del conocer inmediato sostenidas por Hegel y Colli permite, tanto la recuperación y reubicación en plano epistemológicamente preeminente de la noción de inmediatez, como la recusación de la crítica hegeliana a ella dirigida.

«Nosotros [escribe Colli] poseemos la inmediatez sin saberlo. Son los recuerdos los que la atestiguan: ella es el origen de la memoria, pero está totalmente fuera de la conciencia [...]. El recuerdo nos indica solamente la dirección hacia algo que es extraño al espacio y al tiempo, es decir, que es irrepresentable, pero que, en cuanto origen de la memoria, nosotros poseemos».⁹ Resulta, pues, absolutamente impropio hablar de “conocimiento inmediato” en referencia a objetos determinados pertenecientes a la esfera de la representación empírica; por muy “instantánea” e “irreflexiva” que resulte semejante captación. Hacerlo implica ya la asunción de un ilegítimo tránsito operado entre la esfera de lo inmediatamente irrepresentable y el territorio de las impresiones sensoriales provocadas por objetos empíricos incardinados en la trama representativa de lo mundano. Este supuesto “conocer espontáneo o inmediato” no es sino conocimiento de algo derivado, secundario con respecto a la genuina inmediatez; no constituye verdaderamente sino un mero recuerdo: «El conocimiento es memoria solamente, nunca verdadera inmediatez. Las sensaciones y, en general, todo aquello que los filósofos han llamado conocimiento inmediato, no son otra cosa más que recuerdos. Y el tejido entero de la conciencia [...] es una simple concatenación de recuerdos

⁸ COLLI (1969) pp. 11-12.

⁹ *Ibid.*, pp. 35-36.

que se enlazan para constituir el mundo de la representación».¹⁰ No es posible, pues, considerar como auténticamente inmediato nada que pertenezca al ámbito de lo reflexivamente perceptible, y el dominio acotado por esta definición “negativa” se extiende hasta colmar la totalidad del mundo dado a nuestra aprehensión, tanto intuitiva (sensorial) como reflexiva (conceptual).

¿Significa esto, por tanto, que “lo inmediato” ha de ser definitivamente desterrado del territorio del conocimiento y considerado simplemente como quimérico y vano *ens rationis*? En absoluto. Lo que realmente implica lo anterior, es que la inmediatez no debe ser rastreada en el interior del círculo de lo determinado y dado a la representación, sino presupuesta como condición de posibilidad de la existencia de ese mismo círculo, a la vez que ubicada en un ámbito “onto-epistemológico” externo a él. La ausencia de inmediatez en la inmanencia de lo mundano no sólo no supone su inexistencia, sino que demanda con mayor volumen de necesidad su presuposición como referente último de todo lo “mundanamente” representado y mediado. La memoria, en cuanto facultad que retiene datos cognoscitivos de los cuales el sujeto es consciente (es decir, que han sido ya tamizados y mediados por la reflexión), almacena únicamente fósiles epistemológicamente petrificados que, propiamente hablando, se incardinan en el pasado. Tales productos desvaídos resultantes de la taxidermia cognoscitiva operada por el entendimiento reflexivo carecen, por tanto, de la vívida presencia que (por definición) debería revestir la presentación de lo inmediato. La inmediatez -recordemos- es algo perpetua y “diacrónicamente” presente (como presupuesto); la conciencia reflexiva solamente produce resultados pertenecientes al pasado, pálidas sombras pretéritas de algo que siempre surge “de” y “en” lo inmediato, pero que resulta incapaz de permanecer en ello. Esta originaria inmediatez se erige, pues, como el presupuesto esencial de la memoria. El referente que ésta requiere para hallarse en disposición de transmutar lo originalmente inmediato en contenido reflexivo y mediado apto para ser captado (es decir re-flexionado, des-doblado y despojado por ello de su inmediatez) por la conciencia propia del sujeto representativo y rememorante.

Si comparamos la anterior caracterización con la recusación hegeliana de la posibilidad del conocer inmediato, hallamos en ésta dos rasgos llamativamente sorprendentes. En primer lugar, encontramos que Hegel

¹⁰ *Ibid.*, p. 35.

tematiza la cuestión relativa a la posible existencia de la inmediatez siempre en referencia a “objetos” y “fenómenos” dados en la esfera de lo empíricamente perceptible (con la excepción del “puro Ser”, del cual nos ocuparemos con posterioridad). Para él “inmediatez” significa tanto como “constatación de la simple presencia” o “existencia bruta” de un determinado elemento; fe perceptiva que prescinde de indagar reflexivamente (en un “segundo momento”) acerca de la naturaleza, esencia y contenido propio del “objeto” así espontáneamente intuitivo. Cuando tal cosa sí sucede, el objeto se muestra como un resultado, como algo mediado por una indefinida serie de actos anteriores a su aparentemente inmediata presencia actual. La interpretación de una pieza musical (la ilustración es del propio Hegel) admite ser captada como un acto puramente inmediato, y no obstante, la instantaneidad ligada a tal evento perceptivo presupone una nutrida cantidad de actos previos de aprendizaje y perfeccionamiento por mor de los cuales ella resulta mediada. De este modo, el objeto aparentemente dado de forma inmediata aparece como “expresión” final derivada de toda una serie de elementos mediadores anteriores. Ahora bien, Hegel no repararía (como sí enfatiza Colli) en el hecho de que tales instancias previas al resultado “inmediato” constituyen ellas mismas, en cuanto son “materia de la representación”, una expresión de algo a su vez radicalmente anterior, genuinamente inmediato y externo a la esfera de lo representable (a la cual pertenecen de modo común tanto el objeto supuestamente inmediato como la totalidad de los pasos configuradores del proceso que lo mediatiza). La inmediatez se hallaría, pues, fuera del dominio epistemológico en el interior del cual Hegel aborda su teorización.

El otro modo posible de considerar la mediación, según Hegel (esta vez incardinando la cuestión en el ámbito de lo “ontológicamente objetivo”), consistiría en asentar la tesis según la cual la mera existencia de dos objetos de algún modo relacionados entre sí proscribía la consideración de los mismos como elementos inmediatos, dado que ambos se mediatizarían recíprocamente en cuanto uno excluye al otro y resulta simultáneamente excluido por éste. Según esto, la única posibilidad de que tal relación mutuamente excluyente no se verificase radicaría en la hipotética existencia de un único elemento indeterminado y carente, por tanto, de relación (de toda referencia a una alteridad o exterioridad situada “fuera de sí mismo”). En este caso, resultaría nuevamente soslayada por Hegel la compartida referencia por parte de ambos “objetos” a un común origen “expresivo” situado más allá (o más acá) de la representación, y al cual sería necesario postular (en cuanto inmediatez originaria) como único e indiviso, es decir, como no mediatizable

por otra cosa ni susceptible de acoger predicado categorial alguno. También para Colli –como para Hegel– «si hay un saber, es que hay alguien que sabe y algo que se sabe»¹¹ (dos elementos en relación, por tanto, que se mediatizarían recíprocamente), pero ¿de qué naturaleza es necesariamente todo aquello susceptible de ser “sabido” en general? Manifiestamente de aquella que pertenece a la esfera de lo determinado, de lo “sustancial”, de lo apto para ser representado y conocido por un sujeto percipiente (el otro polo de la relación cognoscitiva: el “alguien que sabe”). Abordando la cuestión desde este prisma, Hegel no hace sino propiciar la incardinación ilegítima de la inmediatez en el interior de un territorio (el de lo abstraído por el pensar representativo-conceptual) que no le corresponde por esencia. Hegel trata de localizar lo inmediato en el seno de lo representado, de lo abstracto de unas manos que, al interpretar “inmediatamente” una pieza musical sobre el teclado de un piano (según el propio ejemplo hegeliano), son tan expresión representada de lo verdaderamente inmediato que permanece oculto, como lo es la propia relación de exclusión mutua entre ambos: piano e intérprete: «Aquí, en el intersticio, está el contenido inadvertido, la intensidad no mensurable del fondo de la vida. Pero nosotros malentendemos este contenido, remitiéndolo al objeto actual de nuestra conciencia, como si esta inmediatez también formara parte de la representación».¹²

Así pues, no resulta de extrañar el que Hegel no logre localizar la supuesta inmediatez en parte alguna de tal ámbito, decretando por ello su ilusoriedad y su carácter meramente aparente. La clave que permite arribar con éxito al término de una búsqueda radica en conocer previamente dónde tal búsqueda ha de ser emprendida, y sobre todo dónde no puede serlo. La referencia mutua existente entre los objetos pertenecientes a la representación es, pues, reconocida por Colli, pero ahora ésta resulta superada por una referencia anterior y más profundamente originaria (común a todos estos objetos) que trasciende el conjunto total de lo representado, vinculándolo negativamente a una inmediatez ubicada en un ámbito transfenoménico absolutamente

¹¹ COLLI (1969) p. 36. En análogo sentido declara Hegel: “Donde existe una relación entre seres diversos y el uno existe esencialmente en relación con el otro, esta relación se llama mediación”: HEGEL (1984) p. 292.

¹² COLLI (1969) 36. “Sólo penetrando en el objeto de la apariencia encontramos la realidad escondida, aquella que no alcanza el que cree en la realidad inmediata de las cosas”: COLLI (1982) p. 305. Esto rige, asimismo, para todo aquel que –como Hegel– busca la inmediatez en las cosas determinadas pertenecientes al mundo representativo.

heterogéneo a él. Es justamente esta referencia “externa” la que se halla ausente en la lógica hegeliana, dado que en el odiseico seno de ésta la mediación apunta solamente hacia sí misma (o, a lo sumo, al intelecto mediador); no indica alteridad alguna ni remite a nada distinto de ella.¹³ Se rediluye en la mismidad de la que partió, en la identidad propia de aquello que Hegel llama “reflexión en sí” o “mediación objetiva”: aquella que únicamente se media consigo misma, no con lo otro.¹⁴

De ahí la negación hegeliana de la distinción o desdoblamiento entre fenómeno y esencia: entre lo que aparece y aquello que “expresa” lo que aparece o es causa encubierta de ello: «la apariencia es lo en sí nulo. Solamente hay que mostrar que las determinaciones que la diferencian de la esencia son determinaciones de la esencia misma, y posteriormente, que esta determinidad de la esencia (*Bestimmtheit des Wesens*) que es la apariencia, está asumida y superada (*aufgehoben*) dentro de la esencia misma».¹⁵ Frente a ello, Colli indica que en el sentimiento de la rememoración los recuerdos «son representaciones, se sirven de símbolos, de expresiones para indicar algo muy distinto [de ellas mismas]».¹⁶ Ambos modos de negar la efectiva existencia de lo inmediato por parte de Hegel suponen comúnmente la referencia a “lo

¹³ «El único interés de las demás ciencias es solamente reconocer las formas lógicas en las figuras de la naturaleza y del espíritu, las cuales sólo son una expresión particular [justamente el término clave de la filosofía de Colli] de las formas del pensamiento puro»: HEGEL (1970) 8, p. 84.

¹⁴ «Lo finito es algo dependiente de otro. Por el contrario, la mediación superior, la mediación del concepto de la razón, es su mediación consigo mismo»: HEGEL (1984) pp. 286-287.

¹⁵ HEGEL (1970) 6, p. 21. Con toda probabilidad son estas tesis hegelianas las que Sartre tiene en mente cuando considera que «El pensamiento moderno ha realizado un progreso considerable al reducir lo existente a la serie de las apariciones que lo manifiestan. Se apuntaba con ello a suprimir cierto número de dualismos que causaban embarazo a la filosofía, y a suprimirlos por el monismo del fenómeno [...]. Ya no hay un exterior de lo existente, si se entiende por ello una piel superficial que disimularía a la mirada la verdadera naturaleza del objeto. Y esta verdadera naturaleza, a su vez, si ha de ser la realidad secreta de la cosa [su inmediato y no representativo origen oculto, diría Colli], que puede ser presentida o supuesta pero jamás alcanzada porque es «interior» al objeto considerado, tampoco existe»: SARTRE (1984) p. 15.

¹⁶ COLLI (1982) p. 344. ¿Es, pues, ya el sentir (aquello que Hegel llama “comportarse empíricamente”) un saber? A ello responde Colli: “No, porque cuando existe un saber, existe quien lo sabe y lo que se sabe [el esquema de la mediación hegeliana]. En aquel sentir [el de la rememoración de lo inmediato] no existe todo esto” (*Ibid.*).

otro” (el proceso anterior a lo dado, o el “otro” objeto), esto es, la relación. Pero la referencia colliana a la inmediatez trasciende ambas caracterizaciones, dado que remite al exterior de la esfera de lo determinado y categorizable (es decir, de lo representado) en cuyo interior Hegel sitúa el escenario de todos sus ejemplos refutatorios de la posibilidad de la inmediatez.

Una tercera posibilidad de localización de lo inmediato se perfila cuando, trascendiendo el ámbito de lo determinado y representativo, la consideración teórica se sitúa ante la intuición del puro Ser, entendido como acontecer o evento indeterminado distinto de los “objetos” o entes que “en él” o “merced a él” aparecen. Se trata, pues, del “Ser inmediato e indeterminado” que abre la primera tríada de la lógica hegeliana. Hegel, en consonancia con sus postulados anteriores, lo exime hipotéticamente de ser incluido en la mediación universal: «solamente lo uno abstracto [el Ser] es lo que no está mediado».¹⁷ En efecto, en el neutro seno del puro Ser no se verifica la relación entre determinaciones diferentes que ocasiona la aparición de la mediación, puesto que su abstracta unicidad no contiene determinación interna alguna, y por tanto tampoco relación de ningún tipo. A lo sumo, mantiene la única relación que interesa aquí a Hegel: la relación autorreferente consigo mismo, y por ello, en este sentido, es inmediato: «Cada cosa es inmediata en su referencia a sí misma, Dios en cuanto Dios, el Ser en cuanto Ser».¹⁸ Aquí se da, pues, «una referencia inmediata a sí misma, carente de mediación, una unidad carente de relación, es decir, carente de diferencia».¹⁹ Sin embargo, la lógica hegeliana no tarda en hendir el homogéneo regazo del puro Ser, abriendo una brecha dialéctica en el mismo a través de la cual penetra la relación con la Nada y el Devenir: «Lo lógico es lo dialéctico donde el Ser como tal es considerado para sí de modo que resulta ser lo no verdadero, justamente la Nada, y de modo que la determinación próxima, la verdad del Ser, sea el Devenir [...]». «Devenir» es una representación simple que se refiere a sí misma, algo totalmente inmediato, pero contiene en sí las dos determinaciones, el Ser y el no-Ser; por consiguiente, el Devenir es mediado, pero también inmediato en cuanto es un pensamiento simple».²⁰ Esta ligazón simultánea entre lo

¹⁷ HEGEL (1984) p. 292.

¹⁸ *Ibid.*, p. 293.

¹⁹ *Ibid.*, p. 292

²⁰ *Ibid.*, p. 288.

mediato y lo inmediato despoja a la inmediatez de su carácter autónomo y la convierte en una mera “abstracción unilateral”, en cuanto tal, no verdadera.²¹

Desde el prisma de observación de Colli sucede totalmente lo contrario. Si bien para él «la categoría del ser, en su origen, expresa (y éste es su aspecto de «verdad») una referencia instantánea a la inmediatez»,²² el carácter fundamentalmente verbal que tal concepto asume en su pensamiento, lo hace aparecer como síntoma de una actitud de “arrogancia” (*tracotanza*): aquella que consiste en pretender presentar una instancia aludida como *definiendum* de una definición lingüísticamente mediada, en términos de algo inmediato. También el Ser (en cuanto “palabra” y forma verbal “sustancializada”) ha de ser contemplado como elemento perteneciente a la representación.²³ Su posición como representación privilegiada de la inmediatez no constituye sino una «violenta reevocación de lo inmediato a través de una formulación verbal». ²⁴ Con ello, merced a este recurso que expresa un quimérico ideal jamás cumplido, «el *definiendum* queda sustraído a la inmediatez y remitido a la esfera de la representación, especialmente a la abstracta». ²⁵ En ambos casos la inicial inmediatez del Ser queda disuelta, pero –una vez más– la apelación colliana a la memoria como signo probatorio de la inmediatez originaria propicia la inversión de los términos en los que Hegel concibe lo abstracto y lo concreto. Ahora, bajo esta luz, el “concreto” mundo de la representación en su

²¹ Ernst Bloch –en el capítulo dedicado a “Hegel y la anámnesis” en su *Subjekt-Objekt*– pone, no obstante, de relieve el carácter ambiguo de la dialéctica hegeliana, ya que ésta «arma el mayor revuelo en el mundo» y a la vez «su círculo de circulaciones devuelve todo el incremento de la configuración del mundo al arsenal previamente señalado de aquel antiguo y primordial en-sí [es decir, a la inmediatez] que, aunque el más pobre en determinaciones, puede ser, sin embargo, lo más decisivo, pre-decisivo en contenido. Así se compenetrán hasta los contrasentidos de lo que se multiplica y de la embrujadora anámnesis de quietud eterna»: BLOCH (1982) p. 445.

²² COLLI (1969) p. 118.

²³ «De esta forma el lenguaje se convierte en creador de filosofía, ya que la palabra «ser» es el verdadero elemento impulsor de estas especulaciones [...], no sólo la representación sin nombre que ésta designa (que en realidad tampoco existe, ya que «ser» designa sólo a sí mismo, es decir, una palabra). En la verdadera filosofía se debe reconstruir un uso puramente convencional de la palabra «ser», teniendo siempre presente, una vez definida con claridad, cuál es la representación sin nombre que viene designada por esa palabra»: COLLI (1982) pp. 370-371.

²⁴ COLLI (1969) p. 118.

²⁵ *Ibid.*, p. 119. Al igual que sucede, según el propio Colli, al referirse a algo como “causa” de otra cosa, como se verá posteriormente.

totalidad aparece como una descomunal abstracción, mientras que la inmediatez que lo expresa (precisamente la inmediatez negada por Hegel) se halla libre de toda referencia a lo abstracto en la medida en que “lo que tiene el derecho de llamarse «realidad» es precisamente esa realidad ilusoria. Al mundo escondido no le corresponde el atributo de la realidad, ya que no le corresponde ningún atributo: los atributos pertenecen a la representación”.²⁶

De este modo, resultaría necesario postular (en franca oposición a la recusación hegeliana de la autonomía de la inmediatez) que el Ser inmediato no sólo no reviste el carácter de “mera abstracción” que Hegel le confiere al referirse a ello (de un modo no exento de connotaciones peyorativas) en términos de “consideración de lo uno abstracto”, esto es, de aprehensión intuitivamente instantánea de un elemento desprovisto de determinaciones y contemplado al margen de toda referencia a lo óntico y concreto, sino que a la inversa, “lo múltiple concreto” (el piélago de determinaciones que configuran el “mundo objetivo”), es propiamente hablando lo real y verdaderamente “abstracto”. La auténtica abstracción radica en el seno de la multiplicidad de lo finito y concreto, no en la esfera de lo uno indeterminado, dado que lo determinado se presenta como tal merced a su carácter de elemento accesible mediante la reflexión, lo cual implica que se trata ya de algo considerado en un momento subsidiariamente derivado, a saber: el momento propio de aquello que es contemplado reflexivamente con posterioridad a haber sido originariamente captado o intuitivo en un primer momento como elemento inmediatamente dado.²⁷ Aquello que traspasa el umbral de la abstracción para asentarse posteriormente en la memoria (es decir, en el pasado) pierde, en virtud de este mismo tránsito, su supuesto carácter inmediato.

El instante en el cual el objeto resulta reflejado por el cristal de la reflexión ha de ser observado, pues, como un momento secundario o derivado con

²⁶ COLLI (1982) p. 306.

²⁷ «La expresión reflexión es empleada primeramente para la luz que en su marcha rectilínea encuentra una superficie reflejante y es devuelta por ella. Tenemos aquí un doble momento, primero un momento inmediato o que es, y en segundo lugar, el mismo momento pero mediatizado o puesto (*Gesetztes*). Esto es también lo que sucede cuando reflexionamos o, como suele también decirse, volvemos por el pensamiento sobre un objeto, porque aquí el objeto no nos satisface en su estado inmediato y queremos conocerlo en cuanto mediatizado. Se asigna ordinariamente, asimismo, a la filosofía la tarea del conocimiento de la esencia de las cosas, y por ello se entiende precisamente que las cosas no deben ser dejadas en su inmediatez, sino que es necesario demostrarlas como mediatizadas o fundamentadas por algo distinto (*Anderes*)»: HEGEL (1970) 8, p. 232.

respecto a otro genuinamente originario (el dado en la pura captación inmediata), y por tanto tal reflejo -conceptualmente mediado de forma necesaria por el propio acto de reflexión- es ya abstracto en mayor medida que el “modelo primigenio” del cual depende y deriva. En suma, se trata ya, en cuanto tal reflejo, de algo referente al pasado perceptivo, de un recuerdo o residuo “anamnético”, de una elaboración reflexivamente mediada, de una representación de algo a lo cual le falta el carácter perentoriamente vívido propio de la immediatez. Algo coagulado en los pliegues de la memoria y que, en virtud de la huella misma impresa sobre ellos a modo de lejano vestigio de lo otrora inmediatamente presente a la percepción, aparece como algo ya no primero y primigenio, sino en términos de sombra o delicuescente proyección de lo originariamente dado con immediatez. El mundo de la representación, de la “multiplicidad de lo concreto”, se muestra, de este modo, como el reino de la verdadera abstracción (*Wer denkt abstrakt?*: “¿quién piensa abstractamente?” cabría preguntar aquí, revirtiendo contra Hegel su propia interrogación polémica), puesto que es el resultado de lo ya desarraigado y escindido de su fuente originaria: el producto arrojado por el paso del objeto a través del filtro mediador del entendimiento reflexivo.²⁸

De modo radicalmente inverso, lo inmediato se muestra ahora no como elemento abstracto, sino como lo máximamente concreto en grado eminente, dado que ni siquiera resulta susceptible de ser entregado a la reflexión representativo-conceptual con el fin de que ésta lo elabore, ya que el dispositivo discursivo propio del entendimiento deviene estático e impotente, se torna instancia esclerotizada o “momificada”, desde el momento en que es expuesto a la consideración de la pura immediatez. Colli repara con singular acuidad en este carácter fantasmagóricamente subsidiario inherente a la naturaleza de la representación cuando –en total oposición al espíritu y la letra de la lógica hegeliana– escribe: «En sí lo inmediato está oprimido; esta opresión se expresa en el mundo. Allí donde hay representación lo inmediato ya no está presente. Por tanto, es un contrasentido querer representarse el paso de lo inmediato a lo mediato [justamente lo expuesto por la lógica dialéctica hegeliana]. Donde comienza la conciencia cesa lo inmediato. Por eso

²⁸ «Un sujeto se representa algo: esto es justamente el conocer. Pero esto nos remite directamente a un tiempo pasado en el cual ese algo no era aún representación, y de donde ha sido separado para poder ser representado»: COLLI (1969) p. 6.

el tiempo, el espacio, los objetos, el mundo, la historia, están fuera de lo inmediato y son puras abstracciones».²⁹

3. El ¿imposible? acceso a lo inmediato. Hacia una ontología negativa.

Una vez superado el escollo representado por el hegelianismo, cabe ahora interrogarse acerca del posible modo de acceso “cognoscitivo” a la inmediatez presupuesta por el entramado reflexivo de la memoria y la representación. Una primera aproximación a tal cuestión “metódica” habría de descartar la posibilidad de tematizar lo inmediato en términos de elemento hipotéticamente cognoscible, habida cuenta de que tal acto de cognición mismo –conforme a las premisas asentadas por Colli– significaría convertir la inmediatez en algo accesible para la conciencia (es decir, algo reflexionado y enviado al pasado cognoscitivo), y por ello cesaría desde ese momento de ser inmediatez *stricto sensu*. La expresión “conocimiento de lo inmediato” supone, desde este prisma de observación, la formulación de un oxímoron: implica la incursión en una palmaria *contradictio in terminis*. Una vez desechada esta “imposible posibilidad”, cabría acaso elaborar algún tipo de dispositivo epistemológico-metódico susceptible de lograr la inclusión de lo inmediato en la esfera del saber mediante el uso de un método negativamente referencial: una suerte de *apophatiké* o “gnoseología negativa” merced a la cual los atributos imputables a la representación fuesen capaces de aludir “por analogía inversa” a aquello que ella misma no es por esencia: a aquello que es intuitivo como su contrafigura categorial.

No obstante, la distancia descrita por Colli entre las series expresivas sucesivamente concatenadas que configuran el mundo de la representación y aquello que, al final de su recorrido, exige un salto cualitativo hacia la inmediatez que se sitúa en el origen de cada serie, resulta tan irremediabilmente insalvable que acaba por imposibilitar la verosimilitud de tal procedimiento alusivo. A lo inmediato oculto en la raíz de la expresión no le convienen predicados categoriales tales como “sustancia” o “temporalidad”;

²⁹ *Ibid.*, p. 50. Adoptando un registro en mayor medida impregnado de tono polémico Colli aclara: «Esta es la insidia y la falsificación de la ciencia [la *Wissenschaft* en sentido hegeliano,]; la inmediatez es perdida, cancelada, y la violencia objetivante del logos [la *Logik* hegeliana] legisla sin límite ni control [...]. Ahí está la blasfemia: la inmediatez pertenece a la abstracción [justamente la tesis sostenida por Hegel]. ¡Pero estos principios propios no existen!» (*Ibid.*, p. 216).

fundamentalmente porque por esencia «no le corresponde ningún atributo o predicado en absoluto»,³⁰ y por tanto tampoco los predicados inversos a los detectados en la trama de las representaciones empíricamente dadas. “Sustancia” es, ciertamente, un concepto categorial o discursivo (como lo son, de hecho, todos los conceptos en cuanto tales) que no nos autoriza, sin embargo, a afirmar que lo inmediato haya de ser representado como “algo no sustancial”, puesto que en caso de respetar estrictamente la peculiar “naturaleza” propia de la inmediatez, ni siquiera es legítimo aplicarle el predicado (él mismo tan discursivo como su contrario) de la “asustancialidad”. Dejando aparte el hecho de que aún en menor medida resulta plausible postular que haya de ser “representado” en general de modo alguno.

Sin embargo, sucede algo distinto en referencia al concepto discursivo de “causalidad”. En relación con él, Colli parece incurrir en una aporía análoga a aquella planteada por la caracterización de Lévy-Bruhl relativa a la esencia del pensamiento “prelógico” típicamente propio de la “mentalidad primitiva”. En efecto, tras haber negado a tal pensamiento, tanto el hábito como la capacidad misma de formular “explicaciones causales de carácter objetivo”, Lévy-Bruhl afirma que tal carencia es sustituida en la conciencia primitiva por una actitud mental merced a la cual “si un fenómeno le interesa, si no se contenta con percibirlo, por así decir, pasivamente y sin reacción, pensará inmediatamente, a través de una suerte de reflejo mental, en un poder invisible y oculto del cual ese fenómeno es una manifestación”.³¹ ¿No se trata aquí manifiestamente de la aplicación (por parte de la supuesta “mentalidad acausal”) de la categoría de causalidad a un fenómeno interpretado como “causado”, “producido” u “ocasionado” por una instancia subyacente a él que en sí misma no aparece (un “rudimentario “noúmeno”, por tanto)? ¿Y no coincide este planteamiento general de la cuestión con el hecho de que Colli prescriba la no aplicación de categorías discursivas tomadas del fenómeno representado a la inmediatez que, en cuanto tal, resulta refractaria a ellas? ¿No incluye tal interdicción al decisivo concepto discursivo que es la causalidad?³² ¿Y no se erige,

³⁰ *Ibid.*, p. 12.

³¹ LÉVY-BRUHL (1947) p. 18.

³² El propio Colli indica al respecto que «El llamar causa a algo significa volverlo a conducir de lleno a la esfera de la representación [...]. De hecho, el dar a algo el nombre de causa no atribuye ninguna realidad en sí. Y, no obstante, hemos visto que el sentir es pensado por nosotros, y necesariamente, como causa del recuerdo primitivo»: COLLI (1982) p. 345. (La cursiva es mía).

simultáneamente, como fundamento de la totalidad de su “filosofía de la expresión” la tesis según la cual el entramado representativo-fenoménico que es esencialmente el mundo de la apariencia, ha de ser contemplado como expresión de algún modo “causada” por algo inmediato que (en analogía con el poder mágico presupuesto por el cerebro “prelógico” lévy-bruhliano) no se manifiesta (permanece *nascosto*) ello mismo en la esfera del fenómeno?³³ De esta forma, Lévy-Bruhl atribuye a la mente “precausal” el uso universalizado de la causación de todas las causaciones, dado que el hecho de que el mundo del fenómeno (en general) sea “expresión” de un poder oculto del cual deriva y que, en cuanto tal, no es fenoménico, presupone el ejercicio de la suprema conexión causal. Esto supone la aceptación de la causalidad original o primigenia que cabe situar en el origen de toda ulterior explicación causal, puesto que alude a la condición de posibilidad de que el ámbito del fenómeno se constituya como tal (aparezca), con anterioridad a que se tenga posibilidad de hablar de relaciones de causalidad acaecidas entre fenómenos particulares y concretos. Con ello, Lévy-Bruhl le presupone tácitamente al pensar prelógico y místico la capacidad de aplicar la categoría de “causa” al presentarse mismo de todo elemento dado (en cuanto lo interpreta, al igual que Colli, como expresión de otro elemento oculto), para negar simultáneamente que tal modo de pensar sea siquiera capaz de establecer vínculos causales “objetivos” entre tales elementos singulares una vez que resultan fenoménicamente empíricos y constatables. De modo análogo, Colli presupone el empleo de la categoría de causalidad en la relación expresiva establecida entre la trama de lo representativo (dominada por la causalidad individual) y su inmediato origen escondido: el “fondo dionisiaco de la vida”.³⁴

³³ En este sentido escribe Colli: «Según una interpretación metafísica, la causalidad contribuye a expresar indirectamente la raíz de violencia que reside en lo inmediato; desde el punto de vista de la representación, la causalidad es un aspecto de lo necesario, esto es, expresa un nexo que forma parte de la relación de necesidad en la que la violencia de lo inmediato queda delimitada en el seno de la esfera abstracta» [...]. La unidireccionalidad del nexo causal es un indicio muy relevante a favor de la hipótesis del mundo como expresión. Recordar aquello que «era» a través de lo que ahora «es» significa *pensar la representación actual como efecto de la pasada*. La expresión que está presente en el recuerdo postula como su condición -precisamente porque su sustancia es expresar- un algo que ella expresa y *que aparece como causa*»: COLLI (1969) pp. 70-71. (La cursiva es mía).

³⁴ Así pues, dado que “el carácter de lo manifiesto es existir como representación, es decir, ser un objeto para un sujeto”, Colli postula que «el mundo de las cosas no es un sueño caprichoso arbitrario, pero su nexo con lo escondido es necesario, imposible de suprimir [...]. Es preciso que exista un sujeto por una necesidad que tiene sus raíces en el mundo oculto: es

El escollo que impide la aplicación de la epistemología colliana a la fundamentación del discurso ontológico radica, según nos parece, en la consideración de lo inmediato que ha de ser presupuesto en el fundamento de la reflexión y la expresión, como algo encubierto que, no obstante, retiene aún (a pesar de su refractariedad a la admisión de categorías discursivas) los reconocibles rasgos propios de un elemento determinado, de un trasfondo dotado de una (si bien peculiarísima e incognoscible) “naturaleza” propia. Las imágenes poético-metafóricas mediante las cuales Colli trata de propiciar la evocación de este “oculto fondo de la vida” revelan tácitamente tal concepción aún no totalmente capaz de desligar la immediatez originaria del ámbito de lo óntico. Un “mundo oculto” no deja –pese a su radical *status* metafenoménico– de constituirse como tal mundo, esto es, como multiplicidad de determinaciones (sean contempladas éstas de modo “objetual” o no) que configuran algún tipo de unidad holística en virtud de la relación de recíproca influencia que mantienen entre sí. De modo análogo, la designación del “mundo de las cosas que llamamos vida” como “velo de otra vida” o –más evocadoramente– como “sueño de un dios”,³⁵ no trasciende la caracterización del profundamente oculto origen de la expresión en términos de instancia provista de una “determinada, demasiado determinada” esencia. Un dios que –de modo netamente borgiano– admite ser concebido como artífice “expresivo” del mundo fenoménico a través de sus ensoñaciones, no reviste “cualitativamente” un menor volumen de determinación y “naturaleza propia” que sus oníricamente expresadas elaboraciones mentales. ¿Resulta, por otra parte, siquiera concebible una “vida” (por intenso que resulte el volumen de alteridad con el que ella es pensada en contraposición a la

por ello que este espectáculo es necesario, pero sin dejar de ser un espectáculo»: COLLI (1982) p. 306. Esta necesidad atribuida al vínculo conectivo entre lo representativo y lo inmediato parece presuponer algún tipo de irremisible efecto causal producido por lo segundo sobre lo primero. Además, la idea de que la existencia del sujeto representativo sea algo demandado y requerido con necesidad por la naturaleza profunda de lo real, aproxima la epistemología de Colli a los presupuestos últimos del pensamiento hegeliano tal como éstos son comprendidos por Alexandre Kojève cuando declara: «Sin el hombre, el Ser sería mudo: estaría ahí, pero no sería verdadero»: KOJÈVE (2000) p. 464.

Observada desde este prisma, la frase de Ernst Bloch “La verdad para Hegel no sólo es independiente del tiempo, sino un resultado”: BLOCH (1982) p. 443, puede interpretarse como una declaración según la cual la existencia del mundo fenoménico y temporal es necesaria para el despliegue “externo” (*expeditio in novum*) de lo inmediato que subyace a tal mundo.

³⁵ COLLI (1969) p. 11.

nuestra) que excluya absolutamente la presencia de singularidades finitas recíprocamente interrelacionadas? ¿No deviene tal supuesta “vida” una monumental y gélida abstracción desprovista de la totalidad de los atributos esenciales que propiciarían la legitimidad para calificarla como tal?

Esta peligrosa aproximación de la inmediatez originaria postulada por Colli a la “cosa en sí” kantiana (la cual, pese a su carácter nouménico, permanece en el interior de la categoría de la *res*: del “ser cosa” en general), el escoramiento hacia su conversión en un residuo “dogmático” (por emplear la terminología de Fichte), es decir, en un singular tipo de “objeto” o “elemento” que mantiene un nexo de relación causal –o “expresiva”– con el conjunto de fenómenos dados a la percepción, se sitúa en la raíz de las arduamente resolubles aporías en las que incurre la “ontología” colliana. El problema planteado por la ilegitimidad del uso del concepto “expresión” en el contexto de la relación causal postulada entre la incognoscible inmediatez original y sus remotos “productos” expresivos (los objetos de nuestro mundo), desaparece desde el momento en que tal inmediatez originariamente presupuesta cesa de ser concebida como un “algo”, como un elemento de alguna forma reificado. Incluso las ensoñaciones emanadas de la inconsciente conciencia de un hipotético dios “extrafenoménico” han de ser observadas como producciones de ésta, como “efectos” causados por su actividad. Las anteriores consideraciones permiten la apertura de una “tercera vía” de tematización de la noción de inmediatez aplicada a la reflexión epistemológica y ontológica (vía ubicada al margen del tratamiento que tal concepto recibe en el seno de las divergentes filosofías de Hegel y Colli). Tal hipotético enfoque de la cuestión evita el problema de la relación causal entre un objeto perteneciente a la representación y otro que es presupuesto como su oculto fundamento y que no admite –en cuanto inmediato– predicado discursivo-conceptual alguno (incluido el de “causa” o el –en este contexto equivalente– de “expresión”). Cuando la inmediatez se atribuye, no a “un algo oculto” bajo la trama representativa, sino al “Ser” distinto de los entes que “en él” o “merced a él” aparecen (al modo en el que Heidegger teoriza el puro *Faktum* de la *Seinsverständnis* o “comprensión preontológica del Ser”), lo inmediato es desgajado de la remota esfera de lo vedado a la percepción “fenoménica” e incardinado en el de la pura intuición que ha de captar el Ser “con anterioridad” a cualquier ente. Pero –y aquí radica lo esencial– no a título de objeto entre otros objetos, sino como inmediata condición del darse mismo de todo objeto. Un ente lo es por “hallarse en el Ser”, por el hecho de encontrarse “envuelto” por él y por aparecer merced a él en cuanto auténtica condición de

posibilidad de su existir en tanto que tal “ente”. De este modo, tal relación de yuxtaposición ontológica entre “ente” y “Ser” no cabe ser señalada como relación causal (aquí la aporía colliana resulta sorteada), pero sí como relación de presuposición lógico-ontológica necesaria.

El objeto, el ente, se muestra así, ciertamente, como signo que apunta a algo distinto de sí mismo, pero no ya a algo situado tras el velo de Maya cognoscitivo urdido por la representación y “en sí” discursivamente incognoscible, sino al Ser inmediato en cuyo seno se dan todos los objetos mediados por la representación y la reflexión conceptual. Esta ontología, que admite con toda propiedad ser calificada como “negativa” (tanto en alusión a la naturaleza de la referencia que el “objeto” establece con respecto a la inmediatez del Ser, como a la propia indeterminación constitutiva de éste, que niega todo predicado “positivo”), abre un tercer sendero teórico heterogéneo por igual a la destrucción hegeliana de lo inmediato y a la posición establecida al respecto por la filosofía expresiva de Colli. Una potencialmente fructífera vía de reflexión para el pensamiento ontológico contemporáneo, que reintroduce en él con plenitud de derechos el decisivo factor de la toma en consideración de lo inmediato, a la vez que evita que la recién propiciada rehabilitación de tal concepto devenga –como sucede en el pensamiento de Colli– una suerte de “teología negativa” en la cual el soñador *Deus absconditus* de la inmediatez se encuentra siempre infinitamente alejado de nuestra intuición y únicamente da seña de sí a través de los ecos que su silenciosa palabra signa en la memoria.

BIBLIOGRAFÍA

- N. ARAGAY TUSELL, *Origen y decadencia del logos. Giorgio Colli y la afirmación del pensamiento trágico*, Barcelona, Anthropos, 1993.
- E. BLOCH, *Sujeto-Objeto. El pensamiento de Hegel*, Madrid, F. C. E. España, 1982.
- C. CLERICO, «Giorgio Colli e il concetto di apparenza», *Filosofia Oggi*, 67 (1994).
- G. COLLI, *Filosofia dell'espressione*, Milano, Adelphi, 1969.
- G. COLLI, *La ragione errabonda. Quaderni postumi*, Milano, Adelphi, 1982.
- C. LA ROCA, «La filosofía dell'espressione di Giorgio Colli», *Giornale di Metafisica: revista bimestrale di filosofia*, vol. 30, nº 1, (2008).
- G.W.F. HEGEL, *Werke in 20 Bänden*, Frankfurt am Main, Suhrkamp Verlag, 1970.
- G. W. F. HEGEL, *Lecciones sobre filosofía de la religión I*, Madrid, Alianza, 1984.
- A. KOJÈVE, *Introduction à la lecture de Hegel*, Paris, Gallimard, 2000.
- L. LÉVY-BRUHL, *La mentalité primitive*, Paris, PUF, 1947.
- J.P. SARTRE, *El ser y la nada. Ensayo de ontología fenomenológica*, Madrid, Alianza, 1984.